

giad , si quereis , la de Nerón que nunca se puso un vestido dos veces (1) ; abogad su cáusa , pero pronúncien los pueblos.

Pronunciarán , sí , pronunciarán , y la historia repetirá hasta la posteridad mas remota el fallo de que la templanza y economia de los Príncipes es la mayor renta y recurso del erario : que el vano resplandor de sus trenes y equipages suele encubrir la miseria y desesperacion del ciudadano que tal vez se quedó sin pan por contribuir á su pompa y caprichos ; que en valde se buscarán entre la profusion y fáusto oriental los nombres de los Reyes que aspiraron al sublime título de Padres de la patria ; y que solo por esta consideracion , sin otras , merece Isabel un puesto de honor y de elógio en los anales de Castilla. Ellos atestiguarán para siempre que la sencillez de sus adornos cubria un pecho magnánimo , y que gastaba con escasez en su persona por acudir largamente á las necesidades del Estado. Su corte modesta era el taller de las grandes empresas ; y la misma mano que movia la aguja y el huso , firmaba tambien los despachos para el descubrimiento de las Indias , las capitulaciones que pusieron fin á la dominacion mahometana en la Península , las órdenes para la conquista de las Canarias , del Rosellon y de Nápoles ; y antes de todo esto los pactos de la reunion de Aragon y de Castilla , primero y principal cimiento del poder y grandeza española.

Pero aquel corazon fuerte , ináccesible á las delicias muelles y corruptoras , abria todos sus senos al placer rara vez concedido á los Reyes , al puro é inapreciable placer de la amistad. Honró la de Isabel á la célebre Marquesa de Moya Doña Beatriz de Bobadilla , con quien se crió algunos meses de su niñez en las calladas y solitárias estancias del castillo de Maqueda , cuando todavia se hallaba muy distante de esperar la sucesion del cetro castellano. Allí se formó la union que dió tanto lugar á Doña Beatriz en los acontecimientos de la vida y reinado de Isabel. Resuelta á matar por su mano al maestro de Calatrava , cuando trató de conseguir violentamente la de la Princesa , viajando despues disfrazada en traje de aldeana para reconciliarla con el

(1) Suetonio en su vida cap. 20.

Rei su hermano , sin faltar de su lado en paz y en guerra , herida y á pique de ser asesinada en lugar suyo durante el cerco de Málaga , protectora del proyecto y mérito de Colon cuando todavia vacilaba Isabel , compañera luego de sus estudios en dias mas tranquilos , tuvo finalmente el pesar de sobrevivir algunos años á su Réina y amiga.

El respeto y veneracion de Isabel á Don Fr. Hernando de Talavera y al cardenal Jimenez de Cisneros , los privó del título de amigos que ella misma no se hubiera atrevido á darles. Pero túvolo el cardenal Don Pedro Gonzalez de Mendoza aquel tercer Rei de España (1) , alma del Consejo de Isabel y parte grande de las empresas gloriosas de su reinado. Vióla Guadaluajara venir con el Rei su marido á visitar al cardenal en su postrera enfermedad, pagarle en honras y consuelos sus importantes servicios , y aceptar el cargo de ser su albacea. Vió á una Réina rodeada de poder y de glória , objeto de la admiracion de toda Europa , tomar por si misma las cuentas á los criados de su amigo , y entender menudamente en el arreglo de sus intereses y en la ejecucion de sus últimas disposiciones.

Quien así supo llenar los deberes de la amistad ¿ como no cumpliria con los de la naturaleza ? ¿ Cual seria su ternura para con una madre desventurada, que prolongó por cerca de medio siglo la soledad y pesadumbre de la viudez ? Isabel , ni despues que las circunstancias políticas la arrancaron de su lado para trasladarla á la corte del Rei su hermano , ni despues de subir al trono interrumpió las demostraciones mas expresivas de su amor, veneracion y rendimiento. Uno de los capítulos bajo que otorgó sus esponsales con el Príncipe de Aragon , fue la consideracion que exigió se tuviese á su amada madre. Poseedora ya de sus reinos , la visitaba con la frecuencia que permitian los negocios en su villa de Arévalo. Allí se complacia Isabel en recorrer los aposentos testigos de los primeros juegos de su infancia en recordar aquellos dias de afliccion y desamparo , en que el poco generoso Enrique , al mismo tiempo que prodigaba las renta

(1) Así le llamó Pedro Mártir de Angleria lib. VIII , epist. CLIX.

de la corona á la lisonja , á la ambicion y aun á la rebeldia de los Próceres , abandonaba á la penúria la madre de dos reyes , á la muger y á los hijos de su padre. Dábase prisa á reparar estos agravios con las pruebas de su generosidad y cariño ; servíala por si misma , y creía que las acciones de amor y respeto filial daban nuevo realze á la magestad de la púrpura.

Sus hijos presenciaban estas tiernas escenas , y en tal escuela tomaban las lecciones de virtud y adquirian las prendas que los hicieron justamente el consuelo y embeleso de su digna madre. Cinco le dió el cielo , la afectuosa Isabel , réina de Portugal ; Maria que lo fué despues de su hermana ; el malogrado Príncipe Don Juan ; Catalina , réina de Inglaterra , ilustre por su piedad y por sus desventuras , y Juana madre de Cárlos V , á quien el amor á su marido , hereditario en las hembras de su familia , vino por último á arrebatarle el júicio y el cetro. Isabel los amaba todavia con mayor intension que el comun de las madres : su ardiente y generoso pecho no era capaz de afecciones vulgares : prodigábales las ternezas , los llamaba de ordinario *sus ángeles*. Á par de su cariño caminaba el cuidado y solicitud de su educacion : dábales especialmente la del ejemplo , aquel médio eficaz que con ningun otro puede suplirse , para formar y dirigir las inclinaciones y costumbres de la niñez. Tuvieron el debido lugar en la crianza de sus hijas las artes y labores femeniles , sin olvidar las que cultivan y perfeccionan el ingénio. Pero en la del Príncipe heredero , centro en que los dulces afectos de sus augustos padres se cruzaban con los votos y espectacion de tantos pueblos , aquí fué donde Isabel apuró todos los recursos de su discrecion y de su talento para hacerla la mas cabal y perfecta que cupiese. Mientras unos maestros dornaban su entendimiento con los conocimientos que convienen á un Príncipe , otros le enseñaban la destreza de las armas que dá robustez y gallardía , los ejercicios ecuestres que la confirman , los encantos de la música que infunden y alimentan la bondad y la dulzura. ¡ Que esmero en elegir los que habian de cuidar de sus costumbres ! ¡ Que circunspeccion en señalar los compañeros en cuyo trato debía el Príncipe aprender que siendo igual á los demas en la naturaleza , podia serles todavia in-

ferior en las virtudes ! ; Que ingeniosa delicadeza en corregir los defectos que apuntaban en su alma ingénuo y dócil ! ; Que solitud , luego que llegó á la época del discernimiento y de la reflexión, de que fuese aprendiendo los negocios, y se preparase á ejercer dignamente el arte escabroso y difícil de reinar ! Ai ! Cuidados inútiles , instruccion vana. Una temprana muerte en la florida edad de diez y nueve años , cuando apenas empezaba el Príncipe á disfrutar de los castos placeres de himeneo , cortó el estambre de sus días , dejando sumergidos en la desolacion y en el llanto á una adorada esposa , á una nacion embriagada de amor y de esperanzas , á unos padres sensibles , que ya en los umbrales de la vejez vieron desaparecer como sombra una vida que era todas sus complacencias , todo el alivio de sus solicitudes y fatigas. ; Ó dolor acerbo , dolor incomprensible á los que no son padres ! Y ¿quien podrá encarecer bastantemente la constancia heroica con que Isabel supo dominar sus afectos , vencer los impulsos maternales y apurar esta copa de afliccion y de amargura? *Dios nos lo dió , Dios nos lo ha quitado , sea su nombre bendito* : así respondia aquella muger incomparable á los que venian á cumplimentarla en ocasion de tan triste y lastimoso duelo : indício claro de cual era la raiz de un esfuerzo y valor negado á la naturaleza.

Alma Religion, dádiva inestimable del Cielo, concedida misericordiosamente á los mortales en compensacion de los males que por todas partes los rodean; tu que ofreces motivos de consuelo á la desgracia, de moderacion á la prosperidad, estímulos á la virtud, remordimientos al delito ; tu que elevando el hombre hácia la Divinidad , le haces superior á los accidentes y á la fortuna ; tu que nivelas al desvalido y al poderoso , al Rei y al vasallo , dejando á todos igualmente libre el campo de la felicidad y del mérito ; tu, tu eres la fuente universal de los verdaderos bienes. Tu eres la única guia que con paso cierto conduce á la tranquilidad y reposo interior , la única regla que está al alcance comun de los hombres, el único apoyo seguro de que tanto necesita nuestra flaqueza. Todos los que le presta fuera de ti la razon , son fallidos y delezna- bles , expuestos á vacilar como la razon misma : tu sola das principios inmutables y eternos como tu celeste origen : tu sola los

proporcionas á todos los entendimientos , á todas las condiciones, á todas las circunstancias : tu sola bastas , y sin tí nada basta para formar y acrisolar las virtudes privadas y públicas ; y tu sola fuiste la que creaste las grandes calidades que hicieron de Isabel un dechado de mugeres y de Príncipes. No las aprendió ciertamente Isabel en la escuela de una vana filosofía , que sin la antorcha y arrimo de la Religion es todo sombras y tropiezos , no en la de las cortes y palácios , que ordinariamente es todo corrupcion y maldad , sino en la del Evangélio, en la luz pura, sencilla y no por eso menos sublime del Evangélio , que así alumbraba como hermosea , así ilustra el entendimiento como adorna la voluntad y la perfecciona.

Mas la religion de nuestra Princesa no fué , cual suele en otras personas , una cadena de prácticas y menudencias fáciles, poco dignas de la magestad del Omnipotente , á quienes con ofensa de la misma religion se atribuye la virtud de allanar la expiacion de los crímenes mas atroces , y que sin sanar el corazon humano , le adormecen é inspiran una confianza fútil. La piedad de Isabel fué sincera , sus obras correspondieron á su creéncia. Isabel se presentaba delante de la Divinidad , como ante una llama donde trataba de purificar las misérias comunes de nuestra condicion, de acendrar sus virtudes , de adquirir el temple necesario para defenderse del tédio de los negocios , del desprecio de los inferiores , de la impunidad y licéncia del poder supremo. Allí estudiaba , y allí aprendia los deberes y cargas del estado Real , el celo del provecho ageno , el desprendimiento del personal suyo , el sacrificio de sus comodidades , inclinaciones y afectos á la prosperidad general de sus pueblos. Allí aprendia que si la Providéncia la habia colocado en parage mas eminente , tambien le habia impuesto mayores y mas pesadas obligaciones ; y en la consideracion de la estrecha y terrible responsabilidad de quien manda , hallaba motivos para envidiar la suerte del que obedece. Allí aprendia que la riqueza y el poder son los escollos mas peligrosos para la inocéncia : que en el tribunal supremo no hay acepcion de personas , ni mas indulgéncia para los príncipes que para los súbditos: que si alguna preferéncia se indica , es para el humilde y el pe-

queñuelo , y que al poderoso culpable le aguardan poderosos tormentos. Allí aprendía que sus vasallos eran tambien sus hermanos : que segun las miras adorables y benéficas del Padre comun, el bien de todos y no el de uno solo es el objeto de la Sociedad, del Gobierno y de cualquier otra institucion política que no sea injusta y contrária á los fines de la Bondad divina ; y últimamente , que los aduladores que tratan de alhagar con otras máximas y language á los príncipes , son sus mas pérfidos y crueles enemigos. Sencilla á un mismo tiempo y prudente segun el precepto evangélico , lejos de ambos extremos de la incredulidad y de la supersticion , no gustaba Isabel de observancias pueriles , hijas de la debilidad y de la ignorancia , sino de los ejercicios de una devocion ilustrada y sólida. Alimentaba diariamente su piedad con los salmos y preces de la Iglésia. Amaba el culto como el idioma con que la humanidad expresa su respeto y gratitud al soberano Hacedor , promovió su extension y magestad , y en los ratos que le dejaban libres los negocios , acostumbraba ocuparse en labrar adornos para el santuario. Construyó templos , fundó obispados , fomentó la propagacion del Evangelio , y coronó estas demostraciones exteriores de su religiosidad con el homenaje perpétuo que rendia á Dios de una intencion límpia , de un corazon compasivo , de unas manos puras é inocentes.

Su escrupulosidad en elegir los ministros y gefes de la religion , fué consiguiente á la rígida severidad de sus principios. Durante su gobierno no fué camino para el episcopado la lisonja , la asistencia á la corte , el obséquio á los próceres , la proteccion de estos comprada á veces por médios torpes y ruines. La consideracion al Rei su marido , menos delicado que su muger en estas materias , el respeto con que oía sus dictámenes y cedia en otros asuntos á sus insinuaciones , no fueron parte para que aflojase un punto de la austeridad de sus máximas en el nombramiento de prelados. Aquella época venturosa presenció la noble contienda entre la autoridad justa y el mérito modesto , entre la autoridad buscando y solicitando al mérito en la oscuridad de su retiro , y el mérito ora negándose , ora aceptando con lágrimas y forzado las dignidades que son el término á que aspira la ambi-

cion comunmente. Los Talaveras , los Cisneros , los Buendias , los Maluendas , los Empúdias , los Cuencas , los Malpartidas , los Oropesas , tantas mitras renunciadas ó recibidas con violencia dan testimonio irrefragable de la piedad de Isabel , y de la sinceridad de su conducta religiosa y cristiana. Porque Isabel no hacia á la Religion el ultraje de considerarla como instrumento de la política ó de sus placeres. No buscaba en los ministros de la Iglesia cortesanos que apoyasen y extendiesen sin término la regalía , ni aduladores que apocasen sus faltas y le allanasen el camino del cielo. Quería oír de su boca la verdad entera sin rebozo , y en alguna ocasion escuchó pacientemente sinrazones por no retraer á otros de decirle verdades útiles aunque amargas.

Pero el respeto de la Réina á los prelados y ministros eclesiásticos no era efecto de una piedad ciega y débil : veneraba la Religion , no los abusos introducidos á su sombra ni las opiniones de los míseros mortales revestidas temerariamente de tan augusto nombre. Isabel mostró que no son incompatibles las virtudes civiles y religiosas , el despejo de la razon con la docilidad de la fé , el arte de reinar con la profesion y estrecha observancia del cristianismo. Si los clérigos de Trujillo quieren que lo respetable de su estado sirva de salvaguardia á sus excesos , Isabel no titubea , desatiende las inmunidades que nunca pudieron concederse en perjuicio del órden público , y obliga á dar al César lo que es del César. Si la chancillería de Valladolid por deferencia á las desmedidas pretensiones ultramontanas de aquellos siglos , admite indebidamente apelaciones á la silla apostólica , Isabel priva á sus ministros del puesto y confianza que no merecian , y con este acto de vigor enseña á los demás tribunales á discernir entre los justos límites del imperio y del sacerdocio. Si las órdenes religiosas olvidan su fervor primitivo y sirven de escándalo y mal ejemplo , Isabel no sosiega hasta conseguir una reforma saludable. Si la ambicion , que tal vez se atreve á lo mas sagrado , sorprende y arranca en la Cúria provisiones de obispados en extrangeros ó quebrantando los derechos de presentacion , Isabel hace anularlas y guardar el respeto que se debe á la fé de los tratados y libertades de la iglesia de España. En las instrucciones á sus em-

bajadores en Roma, en los asuntos que se ventilaron en el concilio de Sevilla, celebrado de orden de la Réina, en toda su conducta religiosa brillan los rasgos de una piedad ilustrada, que sabe hermanar el honor del cielo con el bien é interés de los hombres.

Y ¿ es esta la Princesa que se quiere pintar como de una religiosidad maléfica y sombría, las manos tiznadas con el humo de funestas teas, sacrificando á sus ideas feroces la poblacion de sus réinos, y los derechos de sus vasallos? como autora de las violéncias hechas á los mudejares granadinos, de la expatriacion de tantos miles de ciudadanos industriosos, de agricultores útiles? Seamos sinceros. Estos cargos, cualquiera que sea su valor, no han de hacerse á Isabel sino á su siglo. De las opiniones que dominaban en él, puede y debe decirse lo que un antiguo hablando de la hazaña de Régulo (1), que éran cosa del tiempo y no de la persona. Consideremos el estado de las ideas que á la sazón tiranizaban generalmente los entendimientos; cuando los obispos solian ceñirse la espada, y vestido el roquete sobre el arnés entraban en los combates; cuando se ponía en cuestion si era lícita la paz con los sarracenos; cuando se opinaba comunmente que la diversidad de creéncia daba autoridad eterna sobre el enemigo; cuando se oía sin escándalo que con el infiel no obligaba la fé dada y recibida; cuando nuestros cabalgadores, volviendo de correr la tierra de moros, traian pendientes de los arzones y daban á sus hijos las cabezas denegridas de las infelices víctimas de la guerra, las cabezas de sus semejantes, de otros padres como ellos, para que sirviesen de cebo y ludibrio á la niñez, á la amable y candorosa niñez; cuando semejante atrocidad pasaba plaza de bizzarria y espíritu nacional, y sus excesos sonaban autorizados por la Religion que los gemia en secreto; cuando una densa atmósfera de preocupaciones no dejaba resquicio alguno por donde penetrase el menor rayo de la verdad y del desengaño: y juzgue quien tenga valor á Isabel. Compadezcamos mas bien la

(1) Cicer. de offic. lib. III.

flaqueza de la condicion humana y la imperfeccion de su discurso : quizá nuestro siglo orgulloso con los progresos de la razon y de las luces , prepara incáutamente motivos de censura y de irrisión á la mordaz posteridad : hagámonos acreedores á su indulgencia usándola con los siglos que nos han precedido. Y sobre todo admiremos la fuerza de aquellas almas privilegiadas , que superiores á su era sospecharon sus errores y sinrazones. Tal fué la de Isabel. Arrebatóla , es cierto , el torrente impetuoso de la opinion general de su tiempo , pero no sin muestras de resistencia: la indignacion fué el primer movimiento que produjo en ella la noticia de las tropelias que el celo indiscreto cometió contra los mudejares de Granada. Deseó , procuró que todos los hombres abrazasen la creencia que sabia ser el unico camino para su felicidad ; envió misioneros á las Indias , catequistas á las provincias conquistadas de los moros , concedió favor y privilegios á los que se convirtiesen : su corazon aborreció la violencia. Todo el resto de su vida y acciones nos la presenta observante de sus palabras y tratos , dulce , compasiva , enemiga de la ferocidad y celo amargo ; de la supersticion y del fanatismo.

Ni ; como era posible otra cosa atendido el caracter y condicion de nuestra Princesa ? ; Como se compadece el cargo de atrocidad , de dureza , de opresion con sus costumbres suaves y sencillas , con sus inclinaciones benignas y liberales , con haber fomentado en sus dominios la ilustracion , las ciencias , las artes , las letras humanas , hécholes un templo de su misma corte , dado el ejemplo de sacrificar en sus aras y de ofrecer á manos llenas el incienso del honor y del premio? ; Por qué método pudieran combinarse la ferocidad y la cultura , la ilustracion y la tirania , la dureza de corazon y el cultivo de las letras?

Estamos en el siglo literario de Isabel. La Providencia , que habia resuelto hacer de su reinado una época de esplendor y de lustre para España , la habia preparado de antemano por medios ruidosos y extraordinarios. Eran pasados mas de diez siglos

desde que la irrupcion de los pueblos salvages del Norte habia destruido el poder romano, y con él la civilizacion y las letras. Despues de un largo período de tinieblas y estupidez, Carlo Magno quiso volver á encender la antorcha extinguida del saber humano: mas no bastaba para tahta empresa un reinado solo, y sus descendientes no supieron sostener su glória, ni continuar sus nobles desígnios. Las famosas cruzadas de ultramar trajeron envueltas entre otros males las semillas de la ilustracion, que fructificaron aunque lentamente en Europa. Llegáronse á fundar escuelas, estudiáronse las ciéncias, cultivose la poesia: pero el entendimiento, teñido de la rusticidad general, se dió á investigaciones laboriosas é inútiles, y la literatura ignoró la correccion y el buen gusto. Finalmente, la destruccion del império griego por los turcos al mismo tiempo que Isabel salia de la cuna, y la pérdida de Constantinopla, de aquella tabla donde se habian salvado del naufrágio universal de las letras los restos lánguidos de la cultura griega, los obligó á difundirse por las regiones del bárbaro á la sazón, é, indocto Occidente. Despertó entonces Europa de su letargo, y anhelando sacudir el yugo de la ignorancia, corrió ansiosa á estudiar los modelos, hasta allí desconocidos ó despreciados, de la antigüedad; resucitó los sistemas de los filósofos de mas nombre, y enseñoreándose de los conocimientos de las edades anteriores, pudo lisonjearse de superarlas algun dia.

Castilla donde las letras desde tiempo del Rei Don Alonso el Sábío habian tenido patronos y amantes; donde la comunicacion con los árabes habia introducido las nociones científicas de aquella nacion, ignoradas generalmente en lo demás de Europa; donde sus traducciones hacian menos nueva la filosofia de los griegos; Castilla, donde acababan de lucir las lumbreras de Burgos y Ávila, los dos célebres Alfonsos el de Cartagena y el de Madrigal; donde Juan de Mena habia poco antes dado nuevo impulso y realce á la léngua y á la poesia, y donde á pesar del desprécio con que la nobleza miraba cualquier ocupacion que no fuese la de las armas, habian florecido Don